

Reina María Márquez Páez

20160321

02/02/16

Candelabro



Estaba tratando de procesar los eventos que habían ocurrido la noche anterior, mientras las lágrimas me corrían descontroladamente por la cara. Recuerdos efímeros pasaban por mi cabeza. Tyler, Dylan y yo en el tercer piso. Dylan gritando hacia la nada en el balcón. El cuerpo inmóvil de Dylan en el piso principal. Gente gritando. Por poco podía recordar cómo había llegado hasta la estación de policía. En mi histeria me negué a llamar a un abogado y los oficiales presentes no demoraron en empezar la interrogación.

Primero me preguntaron información sobre mí: cómo me llamaba, cuántos años tenía, etc. Luego me pidieron que delinea los eventos de esa noche, pero no podía recordar casi nada y entre sollozos confesé tomar ácido al principio de la noche al igual que Tyler y Dylan. El oficial volteó a ver el espejo que cubría casi todo el largo de la pared, tras la cual indudablemente se situaba otro oficial. De pronto entró otro oficial a la sala, pero el primer oficial pareció no percatarse de su presencia. Dio vuelta a la mesa y se hincó a mi lado. Volteé a verlo, pero solo me miró en silencio. Miré al otro oficial, quien estaba anotando algo en un papel, y volteé la cara hacia al otro oficial. Sin embargo, mis ojos no lograron captar nada más que el piso del cuarto. Mis ojos se agrandaron e hice mi mejor esfuerzo por no gritar.

El oficial presente se disculpó y pocos momentos después entró el segundo oficial otra vez. Caminó lentamente hacia mi silla y paró. Me miró fijamente y me dijo, “Mataste a Dylan. ¿Sabías eso?” Mi corazón se detuvo. Yo empujé a Dylan. ¿Será que mi mente trató de borrar ese recuerdo? Mi pensamiento fue interrumpido por el sonido de la puerta del cuarto abriéndose. El misterioso oficial me miró y se desvaneció en el aire.

Entró una mujer que era, evidentemente, de mayor rango que los otros dos que la acompañaban. Su marbete leía “Reina” en letras doradas y su placa estaba en mucho mejor estado que la de los oficiales con los que entró. “¿Quién te vendió las drogas?” preguntó. Tyler nos las había dado, pero no quería meterlo en más

problemas de lo que probablemente ya estaba. “Me la encontré en la casa y la compartí con Dylan y Tyler,” le dije a la policía. Bajó la mirada y dio un par de pasos de un lado a otro. “Qué lástima, porque tu amiguito Tyler dice que él no tomó nada...” comentó Reina. “¡Qué mentiroso! ¡Si él fue el que nos dijo para a tomarlas!” exclamé, empezando a molestarme. ¿Por qué diría semejante barbaridad si en eso dependía el caso? “No me dijo solo eso,” continuó Reina, “también me dijo que estabas un tanto enojado con el mundo esa noche y eso a mí me sonó a una acusación...” Esa fue la gota que derramó el vaso. “Qué clase de descarado. Él fue el que nos dio ácido e incluso...”

---

Los tres habíamos subido al tercer piso, después de bajar a Dylan del candelabro del que se columpiaba, porque Tyler había dicho que la vista era increíble desde ahí. Las drogas habían alterado seriamente su mente y se notaba que no era sí mismo. De pronto Tyler nos desafió a volar, lo cual, por alguna razón, pareció un reto de poca cosa en ese momento. Dylan, como la persona competitiva que es— más bien, era— empezó a decir que él era el mejor volador de todo el planeta. Tyler—recuerdo claramente—le dijo, “pues salta por la ventana y te creo.” Dylan corrió hacia la ventana y tras él iba la misma persona que se había hecho pasar por policía hace unos minutos. Dylan saltó por la ventana, el misterioso desconocido saltó momentos después de él. Tyler se volvió hacia mí, “y tú, ¿no quieres saltar?” una sonrisa extendiéndose por su cara. El mismo extraño salió de entre las sombras y se posó atrás de Tyler. Lentamente sacudió su cabeza hasta que le imité.

---

“Tyler nos incitó a saltar.” No podía creer las palabras que salían de mi boca; sin embargo, eran ciertas. “Con razón se había estado peleando con nosotros tanto últimamente...” dije casi a mí mismo. Ambos policías salieron del cuarto y una figura, que se estaba volviendo un tanto familiar, se podía observar en el espejo.

“Todavía lo mataste”

“Cállate, ¿quieres?”

Se escucharon varios gritos enojados y un forcejeo con una persona. Entró una vez más un oficial al cuarto de interrogación, me dijo que debía regresar al día siguiente para pagar una multa por una ofensa menor de droga y me dejaron ir.

El personaje casi espectral me acompañó hasta mi casa, detallándome innumerables maneras en las que maté a Dylan. Un dolor de cabeza se apoderaba de mí hasta que finalmente llegué a mi casa y abrí el botiquín con mis medicinas. Abrí el frasquito anaranjado y saqué una pastilla. Miré una vez más a la persona frente a mí y me dijo, “solo me puedes silenciar, pero no me desaparecerás. Estaré contigo quieras o no.” Estaba tan cansado que ni le respondí. Tomé mi pastilla y cerré los ojos; esperé unos segundos y al abrirlos nuevamente, mi viejo acompañante se había ido y el silencio tomó su lugar.